

RAFAEL BALLESTAS MORALES: ADALID

Fernando Antonio Herazo Girón

1. *"EL VERDADERO AMOR TIENE ALGO DE AMISTAD
Y LA VERDADERA AMISTAD TIENE ALGO DE AMOR."
LA ROCHEFOUCAULD.*

2. *"DECIR AMISTAD ES DECIR
ENTENDIMIENTO CABAL, CONFIANZA RÁPIDA Y
LARGA MEMORIA; ES DECIR, FIDELIDAD."
GABRIELA MISTRAL.*

3. *"LA PRIMERA LEY DE LA AMISTAD ES PEDIR
A LOS AMIGOS COSAS HONRADAS; Y SÓLO
COSAS HONRADAS HACER POR ELLOS."
CICERÓN.*

4. *"PARA LLEVAR A CABO GRANDES EMPRESAS
HAY QUE VIVIR CONVENCIDOS NO DE
QUE SOMOS LONGEVOS SINO INMORTALES."
HENRY KAISER*

Cuando escuché por primera vez el fuerte vozarrón de aquel amigo de la infancia, era exactamente el primero de septiembre de mil novecientos cuarenta y seis, mientras retozaba en el vientre de mi madre, precisamente a un día de la salida a ese mundo estrecho y humilde del **Pie del Cerro**, en la ciudad de **Cartagena de Indias**, en aquella casa grande hecha toda de madera y techos de cinc, de una sola planta, medio inclinada como la To-

rre de Pisa (si es que cabe la comparación con esta construcción portentosa), con un callejón largo entrando a su izquierda, que conducía a un enorme patio en tierra que, en buena parte, servía para taller de construcción de chasis de buses de la época, lindando en su fondo, laguna de por medio, con el islote de los pájaros y las garzas, y, más exactamente, colindando también, entrando a la izquierda, en línea diagonal al **Castillo de San Felipe de Barajas** (construido éste en el año 1639 sobre el **Cerro de San Lázaro**), con la casa de los chinos planchadores, que con sus planchas de carbón y su almidón de yuca, dejaban las líneas de los pantalones blancos y las camisas mangas largas de la época, igualmente blancas, tan tiesas y tan majas que —durante un largo tiempo— no requerían de una nueva planchada. A su frente, camino de tierra de por medio, lindaba con el parque **Joaquín F. Vélez**. Y mirando desde este parque, a la derecha de la casa, se observaba el viejo puente que de la calle de la **Media Luna**, pasando por el revellín, conducía al mencionado Castillo.

Y es que, cuando yo nací ese dos de septiembre de mil novecientos cuarenta y seis, en



el **Pie del Cerro** de la ciudad de **Cartagena de Indias**, el doctor **Rafael Ballestas Morales** contaba con aproximadamente nueve años, porque también había nacido en el sector extramuro del **Corralito de Piedra** un **28 de febrero de 1937**. Por eso me sorprendí el **28 de febrero de 2003**, cuando estampó en el libro histórico de su autoría, **“Cartagena de Indias-Relatos de la Vida Cotidiana y otras Historias”**, su autógrafo con la siguiente leyenda: **“Para mi amigo de infancia, Fernando Herazo Girón, “Fernandito”, con afecto, Rafa”**. Y digo que me sorprendí porque, a pesar de haberlo tenido como a un ángel de la guarda a todo lo largo de mi vida (como estoy seguro también lo reconocerán muchísimos de sus amigos), siempre lo vi como a un gigante en todos los campos donde dejó su positiva huella, porque este hombre, en y para la historia de **Cartagena de Indias**, ha hecho camino al andar, ya que donde quiera que hubo llegado nadie jamás olvidó sus firmes pasos, su magnetismo especial, su carácter recio, su bondad sin límites y su enorme capacidad de construir sueños y convertirlos en realidad, al contrario de lo que ocurrió con **Aníbal**, aquel famoso conquistador cartaginés, nacido en el año 247 a. C., quien, a la manera de un depredador de la historia, el mismo decía que donde su caballo pisaba no volvía a crecer la hierba.

La casa del **Pie del Cerro** a que me vengo refiriendo albergaba a tres (3) familias: Una, la

de los **Ballestas Morales**, cuyo padre, **Rafael Ballestas Prens**, durante largo tiempo laboró en el antiguo Terminal Marítimo de Cartagena, de donde salió pensionado, y a quien todo el mundo reconocía como un hombre tranquilo, paciente y bondadoso; la madre, **Carmen Morales de Ballestas**, mujer de recio carácter y nobles sentimientos, de quien puede decirse fue la matrona que guió los pasos de sus hijos: **Rafael Ballestas Morales (“Rafa”)**, el mayor, y el menor, **Enrique Ballestas Morales (“Kique”)**, quien –después de graduarse como médico en la capital y de haber prestado el servicio militar hasta recibir el grado de Teniente en la reserva –se fue para los Estados Unidos de América, donde también se enroló en las fuerzas militares norteamericanas como médico hasta ocupar altos cargos directivos en los mejores hospitales de Miami (Florida). En alguna oportunidad, siendo **Rafael Ballestas** alcalde de **Cartagena de Indias**, **“el Kique”** volvió, ya casado, a esta ciudad para dirigir su Hospital Universitario, pero fue tanto el desorden que encontró que prefirió renunciar y volverse a Norteamérica. Otra, la familia de los **Hernández Angulo**, formada por **Mama Rosa**, para más señas, **Rosa Amelia Ángulo**, esposa de quien fuera mi padrino del alma, **Jorge Hernández**, junto con sus hijos **Yadira Hernández Ángulo** y **Jorge Hernández Ángulo, “el Picho”**, y a cuya matriarca se refiere el doctor **Ballestas** con las siguientes palabras:



“Doña Rosa Amelia Ángulo (1905-1989), señora de Jorge Hernández Delgado, “Mamá Rosa”, como le decíamos afectuosamente la infinidad de párvulos que ayudó a nacer con sus manos expertas y su bondadoso corazón. Egresada de la Universidad de Cartagena poseía un don natural para diagnosticar y tratar enfermedades complicadas. En los últimos años extendió su bienhechora vocación curativa a la población de Santa Catalina, donde poseía una finca llamada “Hueso de Vaca”, y allí se convirtió, sin buscarlo, en concejal y líder de una apreciable franja de su amado Partido Liberal. Murió en apacible olor matriarcal.” (1)

También vivió en la casa grande de madera y no por mucho tiempo, porque se fue a administrar una tienda de su propiedad en ese mismo barrio, entrando, al lado derecho de los mencionados chinos, la familia constituida por mi padre **Roberto Leoncio Herazo González**, quien había nacido en Cartagena a los 12 días del mes de septiembre de 1905 como hijo natural de mis abuelos **Felipe Herazo Vélez** y **Antonia González**, y había fallecido el día 14 de octubre de 1972, y que –durante algún tiempo –laboró como administrador de los teatros de propiedad del **Circuito Velda**, como el teatro **Variedades**, entre otros, para luego continuar en el **Banco del**

Comercio, entidad de donde finalmente salió pensionado más pobre que cuando entró; mi madre **Carmen Sofía Girón Gutierrez**, quien había nacido en **Barranquilla** en el año de 1920 y fallecido el 2 de mayo de 1952, desafortunadamente muy joven, en la época en que, por algún tiempo, los **Ballestas Morales** se fueron a vivir al barrio del **Cabrero**, que colindaba con el **Malecón** y que, después, se transformó en una parte de la **Avenida Santander**, de por medio, con el esplendoroso **Mar Caribe**, en el sector de **Marbella**, donde también vivió buena parte de su vida su buen amigo, intelectual e historiador **Álvaro Ángulo Bossa**, cuando yo apenas llegaba a los seis años, dejándome huérfano junto con mis hermanos mayores, **Roberto Ignacio Herazo Girón**, que terminó siguiendo la ruta de la medicina de su buen amigo el **Kique Ballestas**, en la ciudad de Bogotá, pero sin poder culminarla por falta de dinero, **Alfredo Enrique Herazo Girón**, que por ser él demasiado bueno y noble, Dios se lo llevó a su morada celestial cuando aún no rebasaba los veinticinco años, para que –como lo dijo el **Padre Pérez**, extraordinario orador, reconocido como el mejor en la ciudad de **Cartagena de Indias**, en la misa oficiada en la Catedral Primada de esta misma ciudad –los vicios mundanos no corrompieran su espíritu y pudiera vivir eternamente, pulcro como había sido, a la diestra de Dios Padre, lo cual ocurrió faltándole apenas unos pocos meses para graduarse de abogado en la Fa-

1 Ballestas Morales, Rafael. "Cartagena de Indias-Relatos de la Vida Cotidiana". Casa Editorial, Cartagena de Indias, noviembre de 2002, p. 93.



cultad de Derecho de la **Universidad de Cartagena**, y de quien todos los que vivieron en su época recuerdan su entierro apoteósico e inmensamente triste, en el mes del educador o, sea, en mayo del año 1965, quizá por ser él mismo excelso y reconocido educador de Cartagena, y a quien le fue concedido el grado “post-mortem” de abogado de la **Facultad de Derecho de la Universidad de Cartagena** y, por parte de esta misma Universidad, en conjunto con la **Cámara Junior** de esta misma ciudad, le fue empotrado en los muros de lo que es hoy su **Aula Máxima de Derecho**, una placa de reconocimiento como distinguido estudiante de su Facultad y miembro valioso de la **Cámara Junior de Cartagena de Indias** y, finalmente, **Álvaro Herazo Girón**, arquitecto de la **Universidad del Atlántico**, en **Barranquilla**, especialista en grabados en la ciudad de Londres y extraordinario pintor de acuarelas que muchos expertos comparaban con las del maestro **Daniel Lemaitre**, y quien fuera uno de los pioneros en Colombia del llamado **Arte Conceptual**.

Hacia el fondo de la casa mayor, había una pequeña alcoba, junto a un gran palo de totumo, en cuya corteza los muchachos insertábamos, de tiempo en tiempo, unos clavos gigantes, previamente calentados al fuego, con la esperanza de que produjera muchos totumos para hacer las cucharas que mi abuelo, **Felipe Herazo Vélez**, quien vivía en la mencionada alcoba, negociaba para la venta jun-

to con sus estampillas de valiosa colección y, además, con los castillos coloniales y las peinetas españolas, así como otras piezas de la misma estirpe, fabricadas en el más puro carey que solamente él sabía pulir.

Recuerdo que **Doña Carmen**, como era llamada la matrona, se fue con sus hijos para **Bogotá** y allá mantuvo durante algunos años una pensión donde albergaba a los costeños que iban a estudiar a la capital. De la misma forma recuerdo, como si fuera hoy, el premio, consistente en ir de paseo por primera vez a la ciudad de **Bogotá**, a la casa de **Doña Carmen**, que me concedió mi hermano **Alfredo Enrique** por haber ganado el primer año de bachillerato en el gran **Liceo de Bolívar** de los buenos tiempos de **Carlos Villalba Bustillo**, de **Edgardo Moreno Iriarte**, de **Eduardo Saladén**, de **Roberto Gamboa**, y otros más, todos de connotado prestigio, y de mis hermanos **Alfredo** y **Álvaro** que allí, como yo, culminaron sus estudios de bachillerato.

En el patio de esta casa grande de madera casi todos los fines de semana había juegos de tapita. Allí se reunían **Rafa** y el **Kique** con los hermanos **Rodolfo** y **Alfonso Nieves Gómez**, vecinos del mismo barrio, docentes que continúan siendo de alta alcurnia desde ha muchos años, de conducta imaculada, y profunda sapiencia en los intrínquilos del derecho, junto con mis hermanos **Roberto Ignacio** y **Alfredo Enrique**, así como **Raúl Sa-**



ladén, el famoso **“Racho”**, autor, entre otras canciones populares, de esa pegajosa que invitaba a amanecer con él al primo **“Nando”** en la cima de la Popa, allá en el Convento, cantando, con la manta en el hombro y con los amigos parrandeando, y, si la memoria no me traiciona, con **Álvaro Ángulo Bossa**, el famoso **“Curro”**, cuya fama de historiador, narrador, escritor de textos de derecho constitucional y político, periodista, docente, magistrado del Tribunal Administrativo de Bolívar de donde salió por la puerta grande, después de una larga vida de fecunda labor e ingenio sin igual, que se mantiene intacta como si no pasara el tiempo por él. Fueron muchos y, mejor diría, han sido muchos, los amigos de crianza del Doctor **Rafael Ballestas Morales** que junto con su esmerada educación y su núcleo familiar, le dieron el suficiente impulso para convertirse en lo que hoy es: Un líder patriarcal, y no precisamente un seguidor, que ha movido montañas sin abandonar su trinchera, desde donde ha administrado mejor su combate diario por mejorar el entorno de quienes han sido sus educandos, recordándoles siempre que sin misión y sin visión enseñada primariamente por la familia y luego por los buenos amigos y la escuela, no hay paz, ni justicia social ni libertad. Este era, pues, el núcleo familiar y social donde se levantó el **Dr. Rafael Ballestas Morales**. Por eso habría que decir con **John Howard**: **“Palacios soberbios habrás de admirar, ninguno, empero, como tu hogar.”**

Dice el doctor **Nicolás del Castillo Mathieu** en el prólogo a la obra mencionada:

“Mi cercanía con Rafael me permitió descubrir en él un hombre no sólo inteligente sino también bueno y leal. Por estas razones se explica uno el optimismo y la benevolencia con que, a través de estas páginas, juzga a sus paisanos. La lectura de este libro es refrescante y positiva. A lo largo de él van desfilando personajes y cosas que ya creíamos olvidadas y que Ballestas incorpora en sus relatos con prodigiosa memoria. No falta un detalle ni se equivoca casi nunca. Ahí está enterita, la Cartagena de la segunda mitad del siglo XX, sin que Rafael pretenda posar de historiador, excepto el capítulo sobre el sitio de Cartagena por el Pacificador Pablo Murillo en 1815, que por lo demás es excelente. El estilo de Ballestas es claro y descomplicado, con sus gotas de humor muy bien traídas y dosificadas. Es una delicia recorrer estas páginas sin los arrecifes de la retórica y de las notas a pie de página, lo cual no le resta credibilidad a sus afirmaciones, porque el autor posee una buena base bibliográfica, aumentadas con sus conversaciones con los personajes aquí analizados o los descendientes de éstos (...) A pesar de no querer hacer historia, Rafael Ballestas Morales la hace y este libro será de obligada consulta para los que en el futuro se interesen por reconstruir la Cartagena del siglo XX. Espero no equivocarme. A este aporte



sencillo, modesto y sin pretensiones le deseo la mejor de las suertes.”

Mas, en la búsqueda de las circunstancias de modo, tiempo y lugar, en que se desarrolló la personalidad del **Dr. Rafael Ballestas Morales** para determinar las razones por las cuales, con el paso del tiempo, se convirtió en un líder, es necesario acercarnos un poco a lo que era la ciudad de Cartagena de Indias en sus comienzos, antes de su fundación por don **Pedro de Heredia** el **1º de junio de 1533**, y que él llamó en ese entonces **“Cartagena de Poniente”** por oposición a la **“Cartagena de Levante”**, existente ya en la **España** de la península Ibérica, para lo cual es importante recordar con el doctor **Juan Dáger Nieto**², que:

“Desde los ya lejanos tiempos de la fundación de la ciudad lo que interesó primero a sus fundadores y posteriores pobladores fue el asunto que siempre se piensa cuando se funda una ciudad: dónde vivir.

“Los materiales iniciales de la casa cartagenera fueron los de uso corriente entre los mocanás o mocanáes, habitantes primigenios de las islas continentales de la bahía de Cartagena y sus alrededores, especialmente los de las isla Caramairí o isla Cangrejo. De allí que estén consignados en este diccionario esos modestos materiales de construcción, tan originales, como que los daba la tierra, además de la utilidad que prestaban.

Los mocanás no eran los estúpidos que algunos historiadores por exaltar posteriores técnicas han dado en calificar como tales. No, si bien no eran grandes maestros de refinadas técnicas como los pueblos de la Sierra Nevada de Santa Marta, por ejemplo, que estaban en una cultura lítica adelantada, mostraban su inteligencia o relación con el entorno de modo eficaz: la palma, los bejucos, y toda clase de maderos formaron parte de su ajuar arquitectónico en útil integración por y para el aborigen precolombino en tierras posteriormente cartageneras.”

Esos mocanáes a los que también se refiere con ese mismo nombre el doctor **Jaime Angulo Bossa**³ recordando el texto: **“Los indios de la Gobernación de Cartagena. Una ojeada general”**, del historiador **Nicolás del Castillo Mathieu**, fueron entonces los primeros habitantes de **Calamari, Caramari** o **Cartagena de Chibcara**, como también y de manera original, llama a la ciudad el referido doctor **Ángulo Bossa**, para recordarnos que por la sangre de todos los nativos de Cartagena corre un grito de guerra y de libertad, como siempre lo hubo y lo habrá en **Rafael Ballestas Morales**, y que podría representarse en su vieja casa de madera de los tiempos de la infancia y en el poema del autor de estas líneas, que así invoca a los ancestros:

² DAGER NIETO, Juan, Diccionario Artístico y Arquitectónico de Cartagena de Indias, p. 4 y sgs., tomado de Internet.

³ ANGULO BOSSA, Jaime, Diez Cartagenas distintas y un solo pueblo verdadero, Gente Nueva Editorial, Bogotá, 2002, p.29 y pertinentes.



“CORINCHE”

Nunca comprendió Corinche
Porqué tenía que morir
Y, desde los cielos, clama
Su tierra Kalamary.

Si el águila de tus ojos
Se murió mientras volabas,
Yo te contaré el despojo
De la tierra que admirabas.

De España vinieron blancos,
Con sangre mora de Arabia
Y con fuego de arcabuces,
Dominaron esta arcadia.

Cuando los indios morían
Con sus murallas de carga,
esclavos de raza negra
negociaron en el África.

Cartagena de Poniente
Fue llamada a la usanza
Y de la tierra rugiente
Sólo quedaron las lanzas.

Bajo las luces de luna,
Que en ese tiempo alumbraban,
Los falos blancos de cuna,
Indias y negras violaban.

Y entre las danzas ardientes,
Y el golpeteo del tambor,

Nacieron zambos valientes
Y mulatas del amor.

Mestizos de sangre india,
Blancos de ira y pasión,
Del Español la perfidia,
Mataron con emoción.

Pero esa tierra dorada,
Libre del conquistador,
Vive de historias de hadas,
Alabando al español.

Retomando ese lugar geográfico y cultural donde comenzó a agitarse la fuerza del espíritu rebelde y liberal de **Rafael Ballestas Morales**, recordemos como era el barrio del **Pie de la Popa** en los extramuros de la **Cartagena de Indias** de ese entonces que, en los años treinta y siguientes, incluía la zona del llamado **Cerro de San Felipe** y que hoy todavía conocemos como **Pie del Cerro**, según el ameno relato de **José Enrique Rizo Pombo** y **Carmencita Delgado de Rizo**⁴, quienes lo describen así:

“En la década de 1930 había una fuerte pertenencia a los barrios que se habían formado desde cuando Cartagena decidió salirse del cerco de las murallas a finales del siglo XIX.

“No eran muchos pero sí muy definidos por su origen, su localización y su gente, no tanto por estrato social porque todos eran

⁴ RIZO POMBO, José Enrique y DELGADO DE RIZO, Carmencita, (Nuestro Pie de la Popa), especial para Dominical, El Universal, abril 3 de 2008, Costa Caribe Colombiana (Internet-Costa Caribe Colombiana, <http://igomeze-caribe.blogspot.com>)

multiestrato y ninguno con la pobreza aguda que nos trajeron las oleadas de inmigrantes que ha recibido la ciudad desde los años 1940. Era tan fuerte el sentimiento de barrio que hasta los años cincuenta, los poparios mayores, y los de los demás barrios, iban a Cartagena, no al Centro de la ciudad.

“Como sería de intenso ese sentir el barrio que, ya al despuntar la edad del amor, en los muchachos del Pie de la Popa surgía una rivalidad con los de Manga que en ocasiones se convertía en francas peleas “a puño y patá” pero que no impedían que los sábados fuéramos a bailecitos de poniña en su barrio y en los eneros los amigos mangueros nos chiflaran a las cuatro de la mañana para subir la Popa en las novenas de la Candelaria.

“Esa rivalidad venía de las generaciones que nos precedieron y debió iniciarse con el crecimiento de los barrios en los años finales del siglo XIX y comienzos del XX (...)

“Nuestro Pie de la Popa se extendía entre la carrilera del viejo ferrocarril de Calamar, que nos separaba del barrio de Lo Amador y en los años cincuenta le dio paso a la Avenida Pedro de Heredia, y el caño que nos separaba de Manga, que los viejos llamaban “el lago” y nosotros degradábamos a “el caño”, sin el apelativo de Bazurto que se usa ahora.

“En el otro sentido el barrio iba desde parte del Playón Grande que compartía con el Pie del Cerro (por el cerro de San Felipe, como conocíamos al castillo de San Felipe de Barrajas) hasta otro playón más pequeño que colindaba con el barrio de La Quinta, el del Toril, donde encerraban los toros para las corralejas de las fiestas de La Candelaria y las que se hacían en Cartagena para las fiestas de noviembre en la Playa de la Artillería.

“Del otro del caño, Manga nos mostraba sus patios traseros entre los puentes de Las Palmas y Jiménez y el sector de Campo Alegre, entre el puente y el playón del “Inalámbrico” por la antena de radio del Terminal Marítimo para comunicación con los barcos.

“En esa estrecha franja las casas se alineaban a lo largo de dos vías principales: La calle Real, que también se llamaba “Camino Abajo” (hoy carrera 30) y que era el viejo camino que salía de Cartagena por la puerta de la Media Luna hacia Turbaco y los poblados de Caimán y Ternera, y el “Camino Arriba” que se desprendía de la Calle Real entre el final del Playón Grande y el Toril. La fila de casas de la acera nororiental de la Calle Real y de espaldas a la carrilera comenzaba en las cercanías del Castillo de San Felipe y continuaba frente al Parque Santander (...)

“El Playón Grande, como todos los de la Cartagena de antes de los años 70, era un lu-



gar inhóspito y desolado salvo unos manchones de yerba que era segada por quienes la vendían para pasto de burros y caballos cocheros, era poca la vegetación que pudiera crecer en el barrizal que las lluvias arrastraban desde la Popa y que en los inviernos nos retaba a cruzarlo hundidos a media pierna tratando de no perder los zapatos que se pegaban en el fondo. Cuando dejaba de llover en los veranillos de San Juan, el Playón nos invitaba a elevar barriletes y pandongas en los agostos, cuando los vientos no eran tan fuertes y el barro no tan seco, y a jugar reñidos partidos de tapita o bolita de caucho y hasta de béisbol. Pero al final de los veranos con la fuerte brisa se levantaba una polvareda que nos hacía sentir en las tormentas del Sahara. Debí ser esta brisa y el polvorín de enero los que ayudaron a Monseñor López Umaña a acabar con las corralejas de toros en el playón para la época de la Candelaria (...)

“De los sitios importantes del barrio en los años 30 a 50 sólo quedan la Ermita del Pie de la Popa, que se erigió en los años 20 para reemplazar la pequeña capillita de finales del siglo XIX, los colegios de Nuestra Señora de la Candelaria y Rafael Núñez y el Parque, hoy de los Leones por los de las fuente que lo adorna, y refugio de hermosos trupillos o trupís, pero que era del general Santander cuya estatua se trasladó a la rotonda de entrada a Bocagrande y se reemplazó por la de

don Joaquín F. Vélez que se trajo del desaparecido parque del Espinal, al pie del Castillo de San Felipe sobre la Calle Real.”

Si se quiere profundizar un tanto en la personalidad de un hombre de mediados del siglo XX y el porqué de sus obsesiones y fulgores perfectamente definidos es ciertamente imprescindible –como se refleja en el texto anterior –penetrar un poco en esa burbuja territorial que lo vio desarrollarse al compás de los roles o papeles influidos por la cultura de un tiempo totalmente diferente al de las épocas actuales, en donde –si se quería sobresalir –había que manejar, ora un cuerpo atlético y dispuesto para los deportes físicos del momento, como lo eran el básquetbol, el béisbol, el ciclismo, el atletismo y el fútbol (y que no parecía ser el fuerte de **Rafa** o **Rafita**, como cariñosamente le llamábamos, por haber sido siempre muy delgado, se diría leptosomático), bien la inteligencia y la voluntad para las competencias intelectuales, donde él se destacaba por su notable inteligencia.

Por eso, cuando el doctor **Rafael Ballestas** se refiere al plantel de sus amores, donde hizo sus estudios secundarios, no puede menos que reconocerse como buen estudiante, participante de su grandeza, así:

“Era el “**Fernández Baena**” un colegio laico, cimentado sobre bases filosóficas liberales, donde no había restricciones ideológicas de



ninguna naturaleza; pero ceñidos a sólidos principios éticos cristianos, predicados y practicados por su rector.

“Se respiraba, además, un agitado ambiente intelectual entre profesores y alumnos, que se expresaba en la constitución de centros literarios, como “Llama Viva” y “Nuevos Horizontes”, que fueron memorables, concursos de poesía y prosa, actividades teatrales y cinematográficas, y, la edición de revistas y periódicos a cargo de los educandos, entre los cuales recuerdo a “Llama Viva” y “Pronuario”, publicaciones dirigidas por Marco A. Luján Villamil y yo, por allá en los años 1953 y 1954, que editábamos en las imprentas de Juan A. Julio y “El Bodegón”. A quienes allí estudiamos se nos formó dentro de un bachillerato clásico. Los estudios eran intensos. Dos jornadas diarias, de siete a once de la mañana y, luego, de dos a cinco de la tarde, incluyendo los sábados hasta el medio día. Estudiábamos castellano, inglés, francés y latín, además de urbanidad, instrucción cívica, literatura universal y de Colombia, cátedra bolivariana, filosofía, matemática etc., etc. Un cúmulo de materias importantes que estimularon en muchos de nosotros la inclinación al cultivo de las letras, gracias a lo cual hemos podido conocer esa faceta de la vida que agiganta el espíritu y nos hace gozar del maravilloso mundo de las ciencias, las artes y los oficios.

“En su última época de existencia contó con la contribución pedagógica del intelectual Alberto Sierra, quien fomentó la afición a las artes, especialmente al teatro y al cine; P. P. Vargas Prins, Yidios Sedán, Rubén Villamizar, Claudio Crespo, Antonio Cerro A., Miguel Luna Bolívar, Hugo de Avila, Rafael Rosales y otros profesionales de gran lustre.

“Al fallecer su director-fundador en 1970, asumió la rectoría su hijo Alberto, quien había estudiado educación en la “Universidad Católica” de Washington. Lo condujo hasta 1981, cuando lamentablemente circunstancias imprevisibles forzaron su cierre, y su amplia sede fue transferida al Departamento de Bolívar, su dueño actual, que puso a funcionar allí una gran concentración escolar que, justamente, lleva el nombre de su forjador: “Alberto Elías Fernández Baena”.

“Es una muchedumbre los bachilleres fernandistas en toda la geografía nacional y en el exterior (E.E.U.U., México, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Brasil, Argentina, Chile, España, etc.) que recuerdan con filial afecto a Alberto Elías Fernández Baena, a Armando N. Luján y a sus demás profesores. Dentro de ellos ha habido ministros (Germán Bula Hoyos y Carlos Martínez Simahan), gobernadores, alcaldes, parlamentarios, embajadores, comerciantes, industriales, rectores universitarios, académicos, educadores, escritores, profesionales de valía y, en fin,



hombres que han sido y son honra y prez de la sociedad colombiana, formados bajo el ideario del “Colegio Fernández Baena”.

“Sus bachilleres salían óptimamente preparados. Recuerdo que de los ciento cincuenta o más aspirantes a ingresar a primer año de Derecho de la Universidad Libre de Bogotá en 1956, los cuatro fernandistas que nos presentamos (Eutiquio Martínez Pacheco, Néstor Vizcaíno Cervantes, Gabriel Pertúz Ternera y yo) quedamos ubicados dentro de los diez primeros puestos en los resultados del examen de admisión.”⁵

A **Rafael Ballestas Morales** lo seguí y seguiré escuchando con esa voz de trueno sorprendente, como salida de lo más profundo del alma, con tanta coherencia y capacidad de persuasión que muy difícilmente podría uno distraerse ante la fuerza de su timbre de voz, de su entonación perfecta, aparte de su reciedumbre moral y de sus verdades polifacéticas. Y desde ese dos de septiembre de mil novecientos cuarenta y seis, cuando ocurrió mi nacimiento, y él apenas contaba con nueve años de vida, me sigue acompañando, primero, como mi amigo, luego como mi maestro, más tarde como mi mentor, después como mi colega docente y superior jerárquico, tanto en la **Universidad de Cartagena**, como en esa ilustre mansión del saber que lo es la **Universidad Libre**, por lo que –dados los homenajes de que ha sido objeto por las

altas autoridades de esta última y prestigiosa Universidad y de otras tantas –considero que debo contar, como lo hago, mis impresiones sobre lo poco que conozco de tan fantástico personaje, no sin advertir –desde ahora –que así como el doctor **Ballestas** ha sido fiel al recuerdo de los hombres que ha admirado, como el del Dr. **Simón Bossa López**, para bautizar con su nombre la biblioteca de la institución, de igual forma creo mi deber invitar a todos los estamentos de la **Universidad Libre** para que ese nuevo edificio que nació de sueños y esperanzas, sea llamado –desde ahora y para siempre –“**RAFAEL BALLESTAS MORALES**.”

Es que **Rafael Ballestas Morales** ha sido un constructor en todos los sentidos posibles; desde “**arar en el mar y edificar en el aire**”, reproduciendo el pensamiento de Simón Bolívar, el gran libertador de América, pero a diferencia de éste sin que hubiera en su ánimo un asomo de desesperanza y pesimismo, y hasta ir, poco a poco, construyendo el gran edificio de sus sueños: La nueva y hermosa sede de la **Universidad Libre de Cartagena de Indias**. En ese interregno tuvo tiempo para domeñar la pobreza que tantas dificultades le trajo, estudiar con lujo de competencia en el colegio “**Fernández Baena**”, recibir la esmerada enseñanza de ese titán de la pedagogía que lo fue **Alberto Elías Fernández Baena**, graduarse con honores en el año de 1955 en ese mismo plantel e irse a Bogotá para ingre-

⁵ BALLESTAS MORALES, Rafael, Cartagena de Indias, Relatos de la Vida Cotidiana y otras historias, Casa Editorial, Cartagena de Indias (Colombia), noviembre de 2002, p. 232 y sg.



sar en la **Facultad de Derecho de la Universidad Libre de Colombia**, donde obtuvo su título de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas, hasta regresar, después de varios años de trabajo intenso en el Ministerio de Relaciones Exteriores y de Justicia y como connotado juez de la república, a la ciudad de Cartagena de Indias para hacer del litigio parte valiosa de su vida, unida esa práctica a la docencia en la **Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Cartagena**, que lo enaltecía durante más de veinte años culminando su paso por ella como excelente Decano de su Facultad de Derecho, a más de personero municipal y también de secretario de gobierno durante la gobernación del doctor **Nicolás del Castillo Mathieu** y, como pocos, honesto y eficaz Alcalde de la misma ciudad de **Cartagena**, fuera de ilustre miembro de número de la Academia de Historia de Cartagena y correspondiente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia, así como del Instituto San Martiniano de Colombia, escritor prolífico y periodista de gran vuelo de los Diarios **"El Universal"** y **"El Periódico"**, ahora reconocido por la obra histórica precitada y, especialmente, por haber liderado como Delegado Rector de la Sede la **Universidad Libre en Cartagena de Indias** su nacimiento como universidad en el año 2001.

Cualquiera pensaría con el prólogo del distinguido historiador, **Dr. Nicolás del Castillo Mathieu**, que realmente el doctor **Rafael Ba-**

llestas se refiere exclusivamente a la segunda mitad del siglo XX y, por excepción, al sitio de Cartagena por el Pacificador **Pablo Murillo**. Mas, pienso que ello no es así. Por el contrario, sin querer queriendo, aparentando no hacer historia (pero haciéndola), se refiere con maestría al 11 de noviembre de 1811, aunque traiga a colación lo expresado por el historiador **Álvaro Ángulo Bossa** o la versión de **Porto del Portillo**, sobre esa época; o la guerra de los mil días en 1899; o sobre el general **Santa Ana** que, habiendo vivido en Turbaco, vuelve a México en 1855, a pesar de que los nativos de Turbaco no deseaban que se fuera y tantos episodios más que van mucho más atrás del siglo XX.

La verdad es que encuentro al **Dr. Rafael Ballestas Morales**, como un verdadero historiador, que busca enlazar los hechos del pasado con el siglo XX y que, por muy cotidiana que sea la historia por él contada, no deja de ser eso: historia, lo que él hace con destellos de grandeza, aún sin darse cuenta (por aquello de ser un relato de la vida cotidiana). Por lo demás, no creo que él tenga una prodigiosa memoria. Por el contrario, pienso que fueron tantas las consultas que hizo, las cuales se encuentran al final de cada capítulo, que el mismo se convenció de estar contando un cuento contado, sin darse cuenta quizá –lo reitero –que, además, lo estaba interpretando y dándole un nuevo matiz. Contado con aparente intrascendencia, sólo quienes ver-



daderamente lo lean podrán saber cuán historiador es él y hasta donde llegó realmente con su texto. Por ello, igualmente digo que el libro mencionado merece ser libro obligado de los estudiantes de educación media para que puedan saber en qué nido crecieron y cuán águilas, cóndores o gavilanes son quienes han sabido –de verdad –interpretar nuestra historia.

Precisamente, para mostrar su peculiar estilo gracioso y su espíritu burlón, sin dejar de lado la seriedad de su personalidad, que siempre lo ha caracterizado, nada mejor que traer a colación el pasaje de su libro sobre la muerte de ese gran presidente de Colombia que fue **Don Rafael Núñez**, así:

“Pero entierros como el del doctor Rafael Núñez, muy pocos.

“Rafael Núñez muere, cuando menos se esperaba, en su casa de El Cabrero, siendo las 9:15 de la mañana del 18 de septiembre de 1894, a los 69 años de una vida intensa, al parecer de un derrame cerebral, en momentos en que planeaba volver a Bogotá, por reiterada solicitud del vicepresidente Miguel Antonio Caro, para reasumir el poder y, según se aseguraba, imprimir nuevos rumbos a la política, invitando a los liberales notables a colaborar con el gobierno, conforme a lo así expresado en carta confidencial que escribió al doctor Aníbal Galin-

do, ministro plenipotenciario de Colombia en el Perú.

“Gracias a Don Daniel Lemaitre en varios de sus “Corralitos”; al general Ambrosio Vélez, jefe del Estado Mayor General de la República; a José Ramón Vergara, autor de “Rafael Núñez, escrutinio histórico” y, a Juan Pablo Llinás, en su obra “Soledad Román”, podemos reconstruir los episodios más importantes que rodearon este luctuoso acontecimiento.

“Los médicos que lo examinaron por última vez y certificaron su muerte fueron los doctores Juan A. Fortich, a la sazón presidente de la Facultad de Medicina; Rafael Calvo y Lascario Barboza, quienes atribuyeron el deceso a un ataque cerebral.

“La preparación del cadáver, para exponerlo en cámara ardiente, fue practicada en la misma residencia del extinto por el estudiante de medicina Miguel A. Lengua, después famoso facultativo. Usó una solución de sublimado y arsénico, preparada por Juan Cuesta, de la “Farmacia Román”. Dice Don Daniel Lemaitre que Lengua le manifestó que, a pesar de la frecuencia con que practicaba esta operación, al ir a seccionar la arteria para inyectar el líquido preservador, le sobrecogió una impresión como si aún tuviera vida el grande hombre.



“Sacaron la mascarilla en yeso los doctores Manuel A. Ballestas y Vicente Villa.

“El cadáver fue expuesto, inicialmente, en la ermita de El Cabrero, donde pasó la noche del 18 de septiembre.

“El 19, a las 8:00 de la mañana, fue trasladado a capilla ardiente a la iglesia de San Juan de Dios, hoy San Pedro Claver, por un cortejo integrado por numerosas representaciones cívicas y militares. En este templo, el mismo donde elevó el 23 de febrero de 1889 a la categoría de sacramento el matrimonio civil que tenía contraído en 1877 con doña Soledad Román Polanco, permaneció durante el día y la noche con su guardia de honor y la bandera enlutada, visitado por una muchedumbre. La ciudad, dice Ambrosio Vélez, parecía en jueves santos, cerrados los establecimientos públicos y era, verdaderamente, un día de recogimiento y duelo general.

“El día 20, después de la misa de cuerpo presente celebrada en la catedral, con oración fúnebre pronunciada por el presbítero doctor España, se trasladó el cuerpo a los salones del Palacio de Gobierno. De allí retornó nuevamente a las cuatro de la tarde a la catedral, donde tuvo lugar otra ceremonia encabezada por el obispo, monseñor Eugenio Biffi. Luego partió hacia el cementerio de Manga. Los balcones y ventanas por don-

de pasaba el cortejo estaban enlutados con gasas y coronas. Cada 50 metros colocaron estandartes de raso blanco con el nombre de Rafael Núñez y letreros alusivos a los cargos desempeñados en largos años de servicio público. Daniel Lemaitre, a pesar de que para esa época contaba apenas con 10 años de edad, recuerda el inmenso gentío que concurrió al sepelio, más de 10.000 personas, y el constante retumbar del cañón. Toda la ciudad parecía volcada a la plaza del Mata-dero, hoy parque del Centenario.

“El entierro, en vez de detenerse en la ermita de San Roque, cuyo altozano servía de tribuna a los oradores fúnebres, lo hizo, por la enorme asistencia, en la plaza del Pie del Cerro, donde después se construyó el parque Joaquín F. Vélez. Allí se pronunciaron 18 discursos. De todos los padecimientos que padeció Núñez en su agitada vida, creo que éste fue el peor de todos: 18 discursos... y el indefenso, como diría el Tuerto López.

“Como el doctor Núñez no era santo de la devoción de muchísimos liberales, cuenta Lemaitre Tono, que se presentaron intentos de sabotaje del acto atribuidos a algunos militantes de esas toldas, tales como una piedra que fue lanzada contra la tribuna cuando hablaba el doctor José Ulises Osorio, que lo hizo caer y causó natural confusión. Y el grito dado por un “mochoroco” perverso desde las faldas del cerro de San Felipe,



cerca al cual había un corral de ganado. “Se soltó un toro...Se soltó un toro...”, que originó un pánico general y una estampida, con contusiones y descalabraduras en algunos presentes.

“Las autoridades impusieron el orden y el ceremonial solemne prosiguió hasta las ocho de la noche, cuando continuó el desfile hacia Manga para la inhumación, previo tributo de los honores militares correspondiente al Presidente titular de la República.”

De lo expuesto, es fácil vislumbrar el por qué **Rafael Ballestas Morales** es un verdadero adalid en el mejor sentido de la palabra. Pero para poder explicar mejor lo que motiva este liderazgo, leamos lo que expone **Kimball Young**⁶, así:

“Si consideramos el liderazgo en términos de roles, bien podemos preguntarnos qué relación existe entre los roles y la conformación más profunda de la personalidad. En primer lugar, debemos hacer una distinción entre la personalidad básica y el rol social. Lo primero supone los mecanismos o características derivadas sobre todo de los fundamentos constitucionales orgánicos y de las experiencias tempranas del individuo. La rigidez de perspectiva en contraposición con la flexibilidad

de perspectiva, la naturaleza de las frustraciones y ansiedades y el uso que la persona hace de mecanismos básicos tales como la identificación, el desplazamiento, la proyección y otros, son significativos al respecto. Los tipos opuestos como el introvertido y el extravertido son ejemplo de pautas de la personalidad básica. Por otra parte el tipo social o rol general se origina en los efectos que las fuerzas sociales y culturales ejercen sobre el individuo durante el proceso de socialización. Palabras tales como “vendedor”, “burócrata” y “médico” son ejemplos de roles sociales mayores.

“Se han realizado muchos intentos a fin de clasificar según categorías los roles sociales dominantes de los individuos en el campo del liderazgo. Uno de los intentos más antiguos fue el efectuado por O. L. Schwarz cuando desarrolló su dicotomía de hombre de pensamiento y hombre de acción⁷. El primero es el funcionario ejecutivo, el tipo de persona que se ocupa de dirigir las actividades de los demás. El segundo es el individuo que realiza las meditaciones filosóficas, proyecta y ejecuta la investigación científica, o crea en el ámbito del arte o la literatura. El liderazgo

6 YOUNG, Kimball, *Psicología Social del Grupo, del Líder y de los Seguidores*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1969, p. 99 y ags.

7 SCHWARZ, O. L., *General Types o Superior Men*, Bostón, R. G. Badger, 1916.

8 Sir W. M. CONWAY: *The Crowd in peace and War* (Nueva York, Longmans, Green, 1915).

9 BARTLTT, F.C.: “The Social Psychology of Leadership”, en *J. of National Institute of Industrial Psychology*, 1926, 3, págs. 188-193.

del hombre de pensamiento consiste sobre todo en ampliar las fronteras del conocimiento. Las masas pocas veces comprenden a esas personas y sus aportes, si es que alguna vez llegan a comprenderlas. En consecuencia, el público de esos individuos es siempre reducido y especializado.

“Sir Martin Conway, un autor inglés que se ocupó de la psicología social, analizó el liderazgo de los públicos políticos y de las muchedumbres activas. Dividió a los líderes en tres tipos. El primero es el representante de masas (crowd representative) que Conway describió como que organiza grupos. Este tipo corresponde en parte a nuestra categoría de la jefatura. Es considerado como el representante de un agregado temporario de personas. El segundo es el dominador de masas (crowd compeller) que se vuelve dominante no porque refleje a la masa sino porque la obliga a creer en él. El demagogo político y el predicador religioso son buenos ejemplos de este tipo. El tercero es el exponente de masas (crowd exponent), que advierte los sentimientos e impulsos vagos de las masas y está en condiciones de conducirlos porque verbaliza y cristaliza sus deseos y las orienta hacia la acción.”⁸

“F. C. Barlett, otro psicólogo británico, clasificó a los líderes en el tipo institucional, el dominante y el persuasivo. Ejemplo del *líder institucional* es el funcionario ejecutivo o administrador”⁹

“Su autoridad descansa en tradiciones, costumbres, credos de la iglesia, la clase, el orden económico, la escuela, o en las formas legales del Estado. Por el contrario, el *líder dominante* es descrito como agresivo, coercitivo e inclinado a la acción vigorosa. Es similar al dominador de masas de Conway. El tercer tipo descrito por Bartlett, el *líder persuasivo*, ejerce su control sobre todo mediante la palabra y otros símbolos. Emplea la sugestión, la lisonja, y todos los recursos verbales del orador popular. En los campos político y religioso, estos hombres hacen grandes promesas a las masas. Hablan con gran soltura de los derechos del hombre común, de corregir los abusos, de reformar o revolucionar el orden social.

“Estas amplias categorías señalan en el fenómeno del liderazgo ciertas irregularidades. Sin embargo, si se trata de examinar el origen y la significación del rol social del líder y la constitución psicológica básica

⁸ Sir W. M. CONWAY: *The Crowd in peace and War* (Nueva York, Longmans, Green, 1915).

⁹ BARTLETT, F.C.: “The Social Psychology of Leadership”, en *J. of National Institute of Industrial Psychology*, 1926, 3, págs. 188-193.



del individuo, debemos analizar a los líderes en áreas particulares de actividad (...). A título de ejemplo, podemos señalar los siguientes tipos, frecuentemente discutidos: El caudillo (boss), el líder democrático o mediador (compromiser), el funcionario o burócrata, el diplomático, el reformador, el agitador y el teórico.”

En ese orden de ideas, pues, tenemos al caudillo político tradicional que, generalmente, está vinculado o estrechamente relacionado con la maquinaria política. Se trata en este caso, de manejar una maquinaria que permita ganar el poder político o mantenerlo. Por ello, la lealtad personal, como en la época feudalista, es la regla de oro de esta forma de caudillismo, de tal manera que quienes se apartan de ella, suelen ser objeto de sanciones disciplinarias y, si son considerados traidores al partido o a la causa, terminan expulsados de la organización.

Es usual que para el caudillo político tradicional todo lo que huele a reformas estructurales o sea de carácter revolucionario, se deseche o rechace. En otras palabras, tiende a ser pro “statu quo”. No obstante, este caudillo no deja de ser simpático, cordial y comprometido con sus seguidores. Pone en interacción la burocracia institucional con los grupos primarios o elementales y, además, premia la lealtad.

Por otro lado, tenemos al líder democrático, que en su calidad de mediador, generalmente está por fuera de la maquinaria del partido político en el poder o, por lo menos, no la considera requisito indispensable para obrar como tal. Por ello se compromete con los principios de la conducta correcta, lo que a veces lo lleva a fracasar por no aceptar el cinismo como forma de proceder. Como puede ocurrir en el caudillo político tradicional.

En todo caso, tiene en alto aprecio las características individuales de sus seguidores, respeta la ley y el orden lo considera algo fundamental, tolera las diferencias, busca actuar de manera tranquila o no violenta, cree en los demás, siendo comprensivo y simpático. La tolerancia es una de sus principales cualidades, pero así como se compromete con una causa, busca que sus seguidores también se comprometan con ella.

Por todo ello expreso, con las palabras de **Honorato de Balzac**, que: **“Un libro hermoso es una victoria ganada en todos los campos de batalla del pensamiento humano”** y que el libro de la vida de **RAFAEL BALLESTAS MORALES** es el ejemplo preclaro de lo que debemos hacer para ser mucho mejores de lo que aspiramos ser, y que —en Colombia— historiadores abundan, escritores ni se diga, humanistas los hay en abundancia, conductores de masas se cuentan por cientos, pero líderes demócratas, con capacidad de persuasión y magnetismo para llevar a la



colectividad a descubrir sus potencialidades y multiplicar sus energías en la búsqueda de una sociedad solidaria, justa y altruista, pocos existen y entre los cuales, afortunadamente, se encuentra este gran Líder que seguirá siéndolo por todos sus méritos y permanecerá –por siempre –en nuestra memoria como el “**Gran Adalid**” que es.